

## SERMÓN DÉCIMONONO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1897).

## La eucaristía, antídoto del pecado.

Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi.

¡Mirad allí al Cordero de Dios; mirad allí al que quita el pecado del mundo!

Io. 1, 29.

1. Allá en los días de la Redención, cuando Jesús andaba por la tierra de Judea, hubo un hombre extraordinario por su carácter y misión; y su nombre, designado directamente por el cielo, indicaba desde luego las dotes de que estaba adornado, la gracia, la piedad y la misericordia<sup>1</sup>. ¡Maravillosa coincidencia del nombre y el carácter, del nombre y la misión recibida de lo alto! Juan era su nombre, porque así debía llamarse quien había de sobresalir en las obras de misericordia. Juan Bautista fué, amados oyentes, en cierto modo el precursor de nuestro Juan de Dios, así como lo fué propiamente del Redentor del mundo, á quien señaló con el dedo delante de la muchedumbre pronunciando estas misteriosas palabras: *Ecce Agnus Dei! ¡Mirad allí al Cordero de Dios; mirad allí al que quita el pecado del mundo!*<sup>2</sup> ¡Oh! y ¿qué obra de caridad más insigne que la de revelar á una turba de enfermos el remedio de sus dolencias mostrándoles al médico que había de curarlas? Esto hizo el glorioso Bautista, y esto dijérase que hace hoy Juan de Dios señalándonos en la sagrada Eucaristía, á cuyo culto nos convida, la panacea universal y eficaz de nuestros males. Él nos dice cómo la Iglesia al distribuir el Pan eucarístico, y vosotros lo habéis escuchado mil veces

<sup>1</sup> Ioannes (= pius, gratus, misericors) est nomen eius (Luc. 1, 63).

<sup>2</sup> Io. 1, 29.

en estos mismos días: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo*<sup>1</sup>.

2. Fijaos bien, hermanos míos, en el profundo significado de cada una de estas divinas palabras; ellas os enseñarán el día de hoy una verdad de la mayor importancia práctica y moral. He aquí en el altar, como en el lugar destinado para el sacrificio, al Cordero, á Aquél de quien vaticinó Isaías<sup>2</sup> que sería llevado á la muerte como manso cordero que no bala siquiera ni se queja del que le trasquila; Aquél á quien vió claramente Jeremías ser llevado al sacrificio como inocente víctima<sup>3</sup>; el mismo, finalmente, con cuya sangre, como de cordero sin mancha, hemos sido rescatados de la esclavitud de la universal corrupción, según el dicho de San Pedro<sup>4</sup>. Cordero de Dios tenía que ser él, que había de inmolarse al Dios vivo y verdadero para tan alto fin, pues éste no eran capaces de obtenerlo los corderos prefigurativos que solían degollarse á mañana y tarde en el antiguo templo<sup>5</sup>: cordero que juntamente fuese Dios, pues ¿quién sino Dios tiene poder y virtud para quitar del todo y borrar y destruir el pecado?<sup>6</sup> Quitálo en efecto este Cordero divino, y no solamente lo quitará en tiempo futuro ó lo ha quitado en el pasado, sino que ahora y siempre lo está quitando y destruyendo por su virtud propia y conatural, como agudamente notó San Crisóstomo<sup>7</sup>. Y al decir el pecado del mundo, quiso dársenos á entender que este divino Cordero, por la virtud infinita de su sangre, borra y destruye, no uno, sino todos los pecados que se han cometido desde el

<sup>1</sup> Eccl. in ritual. s. commun. distrib.

<sup>2</sup> Is. 53, 1 sqq.

<sup>3</sup> Ier. 11, 19.

<sup>4</sup> 1 Petr. 1, 19.

<sup>5</sup> Ex. 29, 39.

<sup>6</sup> Marc. cap. 2.

<sup>7</sup> Hom. 17 ep.

origen del mundo, y los que se hayan de cometer hasta el fin de los tiempos por todos los hombres de todas las razas y naciones; porque, como escribió el otro Juan Evangelista: *Él es la víctima de propiciación por nuestros pecados, mas no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo*<sup>1</sup>, que todos ellos estaban virtualmente contenidos, como en su germen venenoso, en aquel primer pecado original de que dice el Apóstol: *Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte*<sup>2</sup>. Y, puesto caso que el pecado, original y actual, es la funesta raíz de todos los males que hasta en el orden físico aquejan á la desventurada humanidad, el Cordero sacramentado que quita los pecados del mundo, quitará también, hasta donde esto es posible en las condiciones de la vida presente, en su misma raíz y germen todos nuestros males. Esto es, amados hermanos míos, lo que me prometo demostraros por medio de la proposición siguiente: La sagrada Eucaristía destruye el pecado, 1.º por la oposición directa que le hace; 2.º por el influjo que ejerce sobre nuestros sentidos, amortiguando en ellos el fómite de la culpa, las pasiones. Para lograr mi objeto, á mayor gloria de Dios y bien de vuestras almas, ayudadme, etc. *Ave María.*

## I.

3. Si hay alguna oposición diametral, invencible, hermanos míos, es la que media entre Cristo y el pecado. Por eso interrogaba el Apóstol á los primeros cristianos: *¿Qué alianza puede haber entre la justicia y la iniquidad? ó ¿qué sociedad entre la luz y las tinieblas? en fin ¿qué pacto puede ajustarse entre Cristo y el es-*

<sup>1</sup> 1 Io. 2, 2.<sup>2</sup> Rom. 5, 12.

*piritu del mal?*<sup>1</sup> Ya sea que consideremos el pecado en sí, ya en sus efectos, la Eucaristía, trono animado de Dios vivo, lo destruye y desbarata, ora como Sacrificio, ora como Sacramento. Mirémosla brevemente por el primero de estos dos aspectos. Es punto de fe católica, definido por el sacrosanto Concilio de Trento contra los novadores del siglo décimoquinto y décimosexto, que la Eucaristía es aquel divino sacrificio que figuraban los varios de la Ley natural y de la Ley escrita, como que abraza todos los géneros de sacrificios, y encierra todos los bienes que por ellos se alcanzaban en lo antiguo<sup>2</sup>. Uno de los fines principales del sacrificio, en todo tiempo y culto reconocido, es aniquilar el pecado en la presencia del Altísimo, esto es, en la responsabilidad que acarrea al pecador ante el tribunal de la soberana Justicia. Y esto se obtiene ofreciendo á la divina Majestad tal satisfacción, y tan cumplida, que no pueda menos de aplacarse y darse por plenamente satisfecha. Tal fué la satisfacción ofrecida por Cristo, víctima divina, en el ara de la cruz, con la cual, dice el Apóstol, desarmado el brazo de la Justicia divina, quedó firmada la paz universal y eterna entre el cielo y la tierra<sup>3</sup>. Tal es el día de hoy, y lo será perennemente hasta el fin de los siglos, la satisfacción que ofrece el mismo Cristo en el ara del altar, en donde, como dice San Agustín, se inmola cada día sacramentalmente, del propio modo que una vez se inmoló en su persona<sup>4</sup>. De suerte que éste es en rigor el sacrificio llamado por el Profeta *Sacrificio de Justicia*<sup>5</sup>, porque por sus méritos

<sup>1</sup> 2 Cor. 6, 14—15.<sup>2</sup> Syn. Trid. sess. 12, c. 1.<sup>3</sup> Col. 1, 20.<sup>4</sup> Apud *Carthagená*, Homil. cathol. lib. 9, hom. 28.<sup>5</sup> Iuxta *S. Ambros.* in Ps. 4, 20.

hechos nuestros, pagamos rigurosamente nuestra deuda al Eterno Padre. Queda, pues, destruído el pecado en su tremenda responsabilidad, queda aniquilado en el tribunal de Dios. ¡Oh! si pudiera ofrecerse el sacrificio eucarístico por los desventurados réprobos, ó en favor de ellos, hasta en el infierno quedaría destruído el pecado, y las voraces llamas extinguidas para siempre. En cuanto á los felices moradores de la tierra que lo tienen en sus manos y pueden ofrecerlo á la infinita Majestad ofendida, oigan lo que afirma el citado Concilio, infalible en sus definiciones: Aplacado por esta oblación el Señor, perdona los más enormes crímenes, concediendo el don de la penitencia y la gracia<sup>1</sup>. ¿Qué puede, en efecto, negar el Padre Eterno cuando se le pone á la vista la imagen viva y verdadera de su Hijo unigénito herido y muerto, aunque místicamente, en el sacrificio de la Misa? ¡Oh eficacia admirable y virtud verdaderamente divina de la Eucaristía para borrar los pecados del mundo! En verdad, como profetizó Isaías: *Él tomó sobre sí nuestras dolencias, y cargó con el fardo de nuestros dolores*<sup>2</sup>.

4. Pero contemplemos ya la Eucaristía como Sacramento, y veremos más de relieve su oposición al pecado, considerado en sí mismo. Todos los Sacramentos instituidos por Cristo en su Iglesia, como quiera que no son otra cosa que signos sensibles por los cuales se nos infunde la gracia, dicen oposición directa al pecado, siendo éste y la gracia enemigos irreconciliables. Y, si bien no todos los Sacramentos contienen la gracia primera, ni por consiguiente arrojan del alma el monstruo del pecado, pues los hay, y son los más, cuyo efecto

<sup>1</sup> Apud *Carthagena*.

<sup>2</sup> Is. 53, 4.

es aumentar la gracia recibida, y conferir otra nueva y especial; sin embargo, esto mismo demuestra hasta qué punto llega la oposición entre el Sacramento y el pecado, supuesto que, para producir aquél su efecto, es necesario que éste haya desaparecido y huído lejos del alma que lo recibe; y, de no ser así, el Sacramento, como espantado retrocede y no produce sino el efecto contrario, la muerte. Mas, aunque la Eucaristía sea propiamente Sacramento de vivos, el cual supone destruído el pecado con anticipación por medio de la penitencia, en hecho ó en voto, queda siempre en pie la sentencia de Santo Tomás, que *ningún otro Sacramento es más saludable que éste, con el cual se purgan los pecados y se aumentan las virtudes*<sup>1</sup>. Privilegio especialísimo es éste, no disputado en buena teología, de borrar aun el pecado mortal, siquiera accidentalmente, esto es, en el caso de llegarse á la sagrada comunión un pecador actual que, no teniendo conciencia de su triste estado, procede en buena fe y tiene dolor imperfecto á lo menos, aunque él cree tenerlo de verdadera contrición<sup>2</sup>; privilegio, digo, hermanos míos, que prueba hasta qué punto sube la virtud de este divino Sacramento por contener en sí al que es la vida verdadera<sup>3</sup>. Que, si en el principio del mundo el espíritu vivo de Dios comunicó vida á una carne muerta, según aquello del Génesis: *Infundió en su faz un soplo de vida*<sup>4</sup>; ¿por qué no podrá, invertidos los términos, la carne viva del mismo Dios hacer revivir con su contacto á un espíritu muerto por el pecado?<sup>5</sup>

<sup>1</sup> In opusc. 57.

<sup>2</sup> *S. Thom.*, S. th. 3, q. 7, a. 8.

<sup>3</sup> Io. 1, 4.

<sup>4</sup> Gen. 2, 7.

<sup>5</sup> *Carthagena* l. c. hom. 21.

5. Mas, dejando aparte esta consideración, basta reflexionar en el atributo ó calidad de Santísimo que atribuimos á este Sacramento, para hacer palpable su oposición al pecado, polo opuesto de la Santidad. Santísimo es, en efecto, el Sacramento de la Eucaristía, así porque encierra verdaderamente al Dios tres veces santo, como por ser fuente de toda santidad para el que dignamente lo recibe. Santo era el monte Sinaí por la presencia visible del Señor que allí se apareció á Moisés, aunque en figura de ángel, y le reveló sus designios en medio de un volcán de llamas<sup>1</sup>: santo, el monte del Señor que canta David, y no puede escalar sus cumbres misteriosas sino el inocente de manos y limpio de corazón<sup>2</sup>. Pues ¿cómo no será sin comparación más santo y venerable el tabernáculo del Dios de las virtudes<sup>3</sup>, el trono donde mora de asiento, día y noche, el que se dignó ser nuestro Emmanuel, *Dios con nosotros*<sup>4</sup>? ¿Cuál es el adorno que propiamente conviene á la casa del Señor que ha de permanecer hasta el fin de los siglos, sino la santidad, según canta el Real Profeta<sup>5</sup>? Todo respira aromas de santidad en rededor del trono donde reside nuestro Dios; y por eso nadie penetra en el templo católico con sentimientos de fe cristiana, que no se sienta súbitamente movido á la detestación del mal y al amor del bien. ¿Cómo, pues, hermanos míos, osaría llegarse á la santa Mesa algún desgraciado pecador, con la conciencia agitada por el remordimiento, sin haberse purificado previamente de sus manchas en el baño saludable de la penitencia? ¿Cómo se atrevería á gustar del Pan de los ángeles un alma que se deleita

<sup>1</sup> Act. 7, 30 sqq.<sup>2</sup> Ps. 23, 3.<sup>3</sup> Ps. 23, 10.<sup>4</sup> Matth. 1, 23.<sup>5</sup> Ps. 92, 5.

con los viles pastos de los brutos? Y después de gustado aquel manjar divino, ¿quién se retirará llevando el corazón tan manchado como lo estaba antes de acercarse al altar? No, amados oyentes: no nos atrevamos nunca á llegar á la Mesa de la Eucaristía sin habernos descalzado los pies de nuestros desordenados afectos y purificado el corazón con actos de verdadera penitencia, sin los cuales en vano recibiríamos aquel otro Sacramento instituido para la remisión de los pecados. Recordemos que á Moisés, varón santísimo, fué dicho en el Horeb: *Depón el calzado, porque la tierra que pisas está santificada*<sup>1</sup>. Y cuando, después de esmeradísima preparación para comulgar, hayamos tenido la dicha de hospedar en nuestro mismo pecho al Dios de nuestro corazón<sup>2</sup>, ¡oh! no permitamos que divaguen nuestros sentidos, recojámonos dentro de nosotros mismos, penetremos de la grandeza del don recibido y de la santidad infinita del Dador, á fin de que la participación del cuerpo y sangre de Cristo sea para nosotros verdadera fuente de santificación. Oíd al elocuente San Crisóstomo exhortando al pueblo de Antioquía: «Velemos sobre nosotros mismos, decía este Padre, ya que disfrutamos de tan grandes bienes; y, cuando nos viniere en deseo decir alguna cosa torpe, ó nos viéremos arrebatados de la ira ó de algún otro vicio semejante, pensemos en la santidad de los misterios á que se nos ha admitido, y ese solo pensamiento bastará para reprimir en nosotros todo movimiento contrario á la razón.» ¡Ay de mí! exclamaba el celoso Doctor: «¡Cuántos caminos... tenemos abiertos para la salvación! Jesucristo nos ha dado su mismo cuerpo real, después de habernos hecho cuerpo

<sup>1</sup> Ex. 3, 5.<sup>2</sup> Ps. 72, 26.

suyo místico; y nada de esto basta para apartarnos del mal.»<sup>1</sup>

6. Para comprender todavía mejor la verdad que vamos exponiendo, consideremos la sagrada Eucaristía bajo algunas figuras que muy al vivo nos la representan, verbigracia como foco de luz, manantial de vida y reino de Cristo por antonomasia. Por todos estos aspectos veremos al Cordero de Dios sacramentado quitando el pecado del mundo. ¿Qué otra cosa es el pecado sino tinieblas, muerte, esclavitud? Pues todo lo contrario es la divina Eucaristía. Trono de Dios resplandeciente, brilla más que el carro del sol, es más luminoso que el de fuego en que fué arrebatado el Profeta Elías<sup>2</sup>. ¿Cómo, pues, tolerará junto á sí las tinieblas espesas del pecado? ¡Horrible noche, el estado del triste pecador! En las altas horas de la noche, dice el Salmista, atraviesan los desiertos campos las fieras del bosque, abandonadas sus hórridas guaridas<sup>3</sup>. Por la conciencia desolada de un pecador cruzan mil fantasmas de terrores y de criminales designios, más espantosos que sanguiñarias fieras. Despunta el primer rayo de sol, y éstas vuelven presurosas á ocultarse en sus cavernas, dejando libre el campo á las faenas de los hombres. Día clarísimo es la vida del justo, y *su camino es como huella de luz resplandeciente*<sup>4</sup>. Y ¿de dónde irradia principalmente esta luz en el alma del justo sino del foco de la sagrada Eucaristía? *Acercaos á Dios y seréis iluminados*, dice el Profeta, *y vuestros rostros no tendrán de qué ruborizarse*<sup>5</sup>, como la frente siempre nublada del pecador. La Eucaristía es vida, y vida por excelencia:

<sup>1</sup> Hom. 61 ad pop. Ant.

<sup>2</sup> 4 Reg. 2, 11.

<sup>3</sup> Ps. 103, 20.

<sup>4</sup> Prov. 4, 18.

<sup>5</sup> Ps. 33, 6.

*Yo soy el Pan vivo*<sup>1</sup>, y el pecado es muerte, y muerte funestísima del alma, y prelude de muerte eterna. *El fin de las obras de iniquidad*, dice el Apóstol, *es la muerte*<sup>2</sup>. Y ¿podrá morar de asiento el pecado en una alma que frecuenta la Mesa eucarística? *Si alguno comiere de este pan, no morirá*<sup>3</sup>, decía el divino Salvador. ¿Cómo es que, á pesar de esta verdad, parecen haberse entendido para no destruirse mutuamente, el pecado y el uso de este Sacramento? ¡Ah! cristianos, apenas es creíble tal monstruosidad; pero no se hable aquí del uso, cúlpese y abomínese el perverso abuso y la profanación del más santo de los Sacramentos, cual es la comunión del cuerpo y sangre del Señor. Nada más horrible y espantoso que el sacrilegio, la indigna comunión, sello de condenación eterna, como lo fué para el miserable Judas. *Muerte es para los malos lo que es vida para los buenos*, dice el Doctor Angélico, y canta la Iglesia<sup>4</sup>; que tal es la malicia de esta ponzoña del pecado, que convierte la misma vida en ruina y perdición. Mas no hablo ahora, cristianos, sino de la comunión recibida dignamente, á lo menos en cuanto cabe en la humana flaqueza, esto es, con las disposiciones necesarias, según la doctrina del Apóstol: *Pruébese á sí mismo el hombre antes de comer de tal Pan y beber de aquel Cáliz*<sup>5</sup>. De esta comunión no hay duda que arrojará del alma en poco tiempo el monstruo de la culpa grave, pues es imposible conciliar la vida con la muerte. En fin, la Eucaristía puede muy bien considerarse como el reino especial de Jesucristo en el co-

<sup>1</sup> Io. 6, 41.

<sup>2</sup> Rom. 6, 21.

<sup>3</sup> Io. 6, 50.

<sup>4</sup> Mors est malis, vita bonis (Eccl. in offic. SS. Sacram.).

<sup>5</sup> I Cor. 11, 28.

razón de su esposa la Iglesia; pues allí es donde recibe todo el amor y las adoraciones de los fieles, allí donde Él, como Rey munífico, reparte á manos llenas los tesoros de sus gracias. Y el pecado ¿qué es, hermanos míos, sino el reino tenebroso del demonio en el corazón del hombre? He ahí dos reinos incompatibles en un mismo sujeto; pues, como argumentaba el divino Maestro, si Satanás es arrojado de las almas por el dedo de Dios, ¿cómo quedará en pie su reino?<sup>1</sup> Ahora bien, Jesucristo ha venido á la tierra, y ha fijado en ella su asiento para derrocar el imperio de Satanás. *Viniste á perdernos*, decían á Jesús, despechados, los espíritus infernales<sup>2</sup>. ¡Ojalá que ese imperio maldito quedara destruido para siempre por el triunfo de la adorable Eucaristía! Por ella, en efecto, pierden su fuerza las tentaciones diabólicas, así como se debilitan las sugestiones de la carne, destruyendo el pecado el Cordero de Dios en su misma raíz, la sensualidad, según veremos brevemente en la segunda parte.

## II.

7. La sensualidad ó dominio desordenado de los sentidos en el hombre, es, hermanos míos, la funesta raíz de nuestros males, el germen del pecado. Porque ¿qué otra cosa es la sensualidad sino la concupiscencia ó deseo inmoderado y vehemente de los bienes sensibles, de la cual dice el Apóstol Santiago que cada hombre es tentado, seducido y arrastrado<sup>3</sup>, y que, una vez que concibe el mal deseo, da á luz el pecado, el cual finalmente engendra la muerte<sup>4</sup>? La concupiscencia produce

<sup>1</sup> Matth. 12, 26.

<sup>2</sup> Marc. 1, 24.

<sup>3</sup> Iac. 1, 14, 15.

<sup>4</sup> Iac. 1, 15.

la corrupción que reina en el mundo, y de que debe huir el cristiano, según el precepto de San Pedro<sup>1</sup>. En el lugar llamado en la Escritura *Sepulcros de la concupiscencia* provocaron los Israelitas la cólera divina<sup>2</sup> por haber apetecido, con desprecio de la Providencia, la carne de las aves, y allí mismo fueron castigados con terrible estrago. La concupiscencia y el crimen, hermanos míos, andan casi siempre juntos; pues, como dice el Sabio, la inconstancia de sus deseos, ó, mejor, de sus caprichos, trastorna el juicio del hombre sin sentirlo<sup>3</sup>. Por eso nada se nos recomienda tanto en los libros santos del Antiguo y Nuevo Testamento como resistir al ímpetu de esta concupiscencia corruptora<sup>4</sup>. *No reine el pecado en vuestro cuerpo*, decía el Apóstol San Pablo á los romanos, *haciéndoos esclavos de sus concupiscencias*<sup>5</sup>. Por desgracia, hermanos míos, son pocos, muy pocos aun en el pueblo cristiano los que acatan el mandato del Apóstol, que es precepto de Dios mismo, y aun mandamiento de la Ley natural. ¿Cuántos hay que resistan constantemente á los embates de sus desenfrenadas pasiones, que no son otra cosa que las cabezas de esta hidra infernal de la concupiscencia? De ella nacen, no sólo el apetito vergonzoso de deleites, sino también la codicia ó hambre devoradora de riquezas, la sed insaciable de honores, la ambición que todo lo avasalla á trueque de satisfacer el ansia de sobreponerse á todo el mundo. Hoy, como en los tiempos del Apóstol San Juan, cuando todavía dominaba el paganismo, puede asegurarse que *no se ve otra cosa en todas partes que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los*

<sup>1</sup> 2 Petr. 1, 4.

<sup>2</sup> Num. 11, 34.

<sup>3</sup> Sap. 4, 12.

<sup>4</sup> Eccli. 18, 30.

<sup>5</sup> Rom. 6, 12.

*ojos, y soberbia de la vida*<sup>1</sup>. ¡Espectáculo bien triste, por cierto, y desconsolador! Á pesar de las máximas cristianas que parecen relegadas á la región de lo ideal, el joven no sueña hoy sino con devaneos y placeres corruptores, diversiones y pasatiempos en que perece la inocencia del corazón; el hombre maduro no trabaja sino por asegurar y acrecentar los bienes de fortuna; todos, finalmente, se afanan por satisfacer sus codicias, atropellando, si es necesario, la justicia; nadie busca sino el propio interés, la vanidad, el lujo, el paraíso en el destierro. *Todos*, dice el Apóstol San Pablo, buscan sus intereses, no los de Jesucristo<sup>2</sup>. ¿Cómo no han de ir cada día en aumento los desórdenes causados por tal desbordamiento de pasiones? ¿Cómo no han de propagarse en asombrosa proporción los vicios más abominables, la inmoralidad, la usura, el robo, la embriaguez, la ociosidad, el juego? ¡Terrible amenaza para la sociedad cristiana! Y ¿puede llamarse tal una sociedad corroida por el vicio, dominada por las malas pasiones, el orgullo, la sensualidad y la avaricia? No, por cierto, amados fieles; y, en hecho de verdad, donde quiera que tales desórdenes toman carta de naturaleza, las genuinas prácticas de la religión desaparecen, los sacramentos caen en desuso, las funciones del culto se profanan ó degeneran en meras exterioridades. Á buen seguro que la sagrada comunión no se frecuenta, ó se recibe indignamente. Porque no puede fallar la sentencia del Apóstol que escribe á los corintios: *Por el abuso de la santa Mesa hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y mueren muchos*<sup>3</sup>. Á la verdad, la digna y piadosa participación del cuerpo y sangre del Hombre-Dios

<sup>1</sup> 1 Io. 2, 16.<sup>2</sup> Phil. 2, 21.<sup>3</sup> 1 Cor. 11, 30.

no puede menos de influir eficazmente en nosotros para la extirpación del pecado.

8. Supuesto que éste radica en nuestra carne, según la doctrina de San Pablo<sup>1</sup>, ¿qué remedio más enérgico para purificarla que el contacto íntimo de la carne del Cordero immaculado? Notadlo bien, cristianos: la Eucaristía no sólo nos acerca á Dios, sino que acerca al mismo Dios á nosotros, y nos junta estrechamente con él; y esta unión no es puramente moral, sino física, mediante el cuerpo sacrosanto del Verbo Encarnado, realmente presente en la venerable Eucaristía. En nuestro mismo cuerpo le recibimos, en nuestro pecho descansa, corre su sangre divina por nuestras venas, alimenta nuestras almas, incorporándose con todo nuestro ser. Los Padres de la Iglesia no temen asegurar que la sagrada comunión santifica nuestra misma carne, calmando en nuestras venas el fuego de las pasiones que la devoran. *Ella modera*, dice el Doctor San Cirilo, *mediante la permanencia de Cristo en nosotros, la dura ley de los sentidos*<sup>2</sup>. Y San Gregorio Niseno la llama saludable medicina que corrige las perversas inclinaciones de nuestro cuerpo<sup>3</sup>. Finalmente, así lo enseña en su catecismo el Pontífice San Pío V: *Este Sacramento refrena la liviandad de los sentidos*<sup>4</sup>.

9. Y, aparte de esta virtud intrínseca de la Eucaristía para poner freno á las pasiones, ¿quién no admira, quién no siente el influjo de una comunión fervorosa en el terreno mismo de la sensibilidad? *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*, exclamaba el Pro-

<sup>1</sup> Rom. 7, 25.<sup>2</sup> Lib. 3 super Io. cap. 27 sqq.<sup>3</sup> Orat. catech. cap. 37, apud *Carthagena*.<sup>4</sup> Apud eundem.

feta David<sup>1</sup>. Alégrese el corazón con trasportes inefables de felicidad, de que el cuerpo se siente inundado, cuando dignamente participa de las delicias del sagrado banquete. ¿Qué deleites de la tierra podrán compararse en suavidad y riqueza con los místicos placeres de la comunión sacramental? Decidlo vosotros que habéis probado todos aquéllos, como en otro tiempo Salomón, vosotros que nada habéis rehusado á vuestro corazón de cuanto caprichosamente apetecía, y que no habéis encontrado en ninguna parte la anhelada felicidad<sup>2</sup>. ¡Qué diferentes placeres, cuán puros y cuán llenos, los que habéis gustado en la participación del cuerpo del Señor! Vosotros habréis exclamado también con el Profeta: *¡Cuán amables son para mí tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes!*<sup>3</sup> Y, al sentir tales avenidas de felicidad más bien celestial que terrena, ¿no ha de quedar amortiguada en nosotros la fiebre voraz de los míseros bienes del sentido? ¡Oh cristianos! Plegue á Dios que la virtud de la santa Eucaristía destruya en nosotros el pecado, y así queden cegadas de una vez para siempre las fuentes de todos nuestros males. ¡Gloria sea á Dios en el trono de los cielos, y al Cordero en el trono del altar! Así sea.

<sup>1</sup> Ps. 83, 3.<sup>2</sup> Eccli. 1, 14.<sup>3</sup> Ps. 83, 2.

## SERMÓN VIGÉSIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1898).

## La Eucaristía, ideal de santidad.

Estote sancti, quia ego sanctus sum.  
Sed santos, porque yo santo soy.

Lev. 11, 44; 20, 7.

1. ¿Qué son estos solemnes cultos tributados al Santísimo Sacramento en la Catedral metropolitana de Colombia, sino un feliz augurio de felicidad para la nación en el año que empieza, así como un homenaje de acción de gracias por el año que termina? ¡Plegue á Dios que no salgan fallidas nuestras esperanzas; y que, no sólo en lo de fuera, sino principalmente en lo interior de las almas, disfrute este católico pueblo de ventura y bienestar durante el año de gracia de 1898! Pero ¿de qué otra manera pudiera esto conseguirse sino por medio del espíritu de Jesucristo, renovado y desarrollado cada día más en todos los corazones? No es posible disfrutar de felicidad verdadera, lo mismo las naciones que los individuos, sino por efecto del espíritu cristiano, germen de paz y de todo bienestar, según el Apóstol: *Fructus Spiritus est... gaudium, pax*<sup>1</sup>. Luego nada mejor debemos desear, ni puede Dios conceder á su pueblo otro bien mayor que la santidad, en la que consiste toda la esencia del cristiano, según el mismo Apóstol: *Non enim vocati estis in immunditiam, sed in sanctificationem*<sup>2</sup>, y según San Pedro: *in sanctificationem spiritus*<sup>3</sup>.

2. Aspiremos, pues, hermanos carísimos, á la santidad, cuyo autor y principio es el mismo Jesucristo á quien tributamos nuestros homenajes en el augusto Sacra-

<sup>1</sup> Gal. 5, 22.<sup>2</sup> 1 Thess. 4, 7.<sup>3</sup> 1 Petr. 1, 2.